

CAPITULO LXIV.

El tropezon de una mula



ERA una tarde del mes de Octubre, una de esas tardes de Otoño en las que el alma de los que sufren halla un dulce consuelo en la melancolía que les rodea.

—¡Qué horrible es la ingratitud!

Mientras Hernan Cortés, empeñado en una empresa que le brindaba riquezas y gloria, aplicaba toda su inteligencia á conquistar el apoyo de los indios y á captarse la voluntad de sus soldados; mientras que hallaba en el amor de Marina una felicidad suprema; léjos, muy léjos de él, en un pueblo silencioso y oscuro, en donde habia nacido el héroe, tres personas pensaban noche y dia en él, aunque de distinta manera, y exhalaban la pena de su alma en accerbos suspiros.

Nada más triste que el aspecto que ofrecia la casa solariega que habitaban don Martin Cortés y su esposa.

Pobres vivian.

Pero su escasa renta bastaba para atender á sus necesidades, y no teniendo que preocuparse su ánimo del mañana, consagraban todo el presente á su hijo, que en lejanas tierras, ni se acordaba de ellos, ni les daba noticia de su adversa ó próspera suerte.

Los hijos son así.

Cuando abandonan el hogar y se entregan á las aventuras de la vida, se olvidan por completo en su desatentada carrera de aquellos á quienes deben lo que son, todo lo que tienen, y solo en sus adversidades vuelven la vista al hogar paterno; en tanto

que los que allí han quedado, sin más esperanza, sin más alegría que el hijo que vive separado de ellos, piensan en él á todas horas, le consagran su corazón, y se conforman con que si quiera en sus momentos de tristeza vuelva hácia ellos sus ojos.

En otras condiciones, los ancianos padres de Hernan Cortés hubieran recibido una inmensa satisfacción al ver llegar á su casa á la esposa de su hijo con el nietecillo que les llevaba.

Pero dadas sus condiciones, dada la escasa fortuna de que podian disponer, aquella mujer y aquel niño eran para ellos una carga pesada; y como la pobre Catalina, en vez de llevar un rayo de sol á aquella oscuridad en que vivia, no podia ofrecerles más que unos ojos siempre llenos de lágrimas, puede decirse que solo fué en aumento la tristeza que reinaba en aquel poco ménos que solitario recinto.

Durante los primeros meses hicieron los mayores esfuerzos los padres de Hernan Cortés para mostrarse afables con Catalina.

El niño les encantaba.

Catalina, sin embargo, conocia que era una carga para los ancianos.

En aquella época la mujer no podia trabajar como ahora, y Catalina estaba condenada á recibir la limosna de los padres de su esposo, sin más esperanza que la de que un dia volviera aquel con riquezas de la expedicion que habia emprendido; y si no por ella, al ménos por su hijo aliviase su situacion.

Lo que sufría era indecible.

Una mujer como ella, varonil, enérgica, activa, vehemente, que habia sacrificado toda su vida á aquel hombre, verse condenada en la flor de su juventud á ser una desventurada madre, sin contar con los medios de hacer feliz á su hijo, apartada de su esposo, creyendo perdido su amor, ¿cómo no habia de desesperarse?

—Nuestro hijo nos ha abandonado, decia la madre de Hernan Cortés.

- En efecto, no se acuerda de nosotros, añadía don Martin.
- Será dichoso.
- Tanto mejor para él.
- Pero bien podía haber escrito alguna carta, habernos dado noticia de su salud siquiera.
- ¡Dios sabe si habrá muerto! exclamaba Catalina.
- Y besaba á su hijo con efusion.
- Pues lo cierto es que todos los meses llega algun navío de las Indias.
- Lo más fácil sería averiguar el paradero de Hernan Cortés; si pudiéramos hablar á alguno de los que vienen de allí. . . .
- Para eso sería necesario ir á Sevilla, á Cádiz.
- ¡Oh! Si los años no me pesaran tanto, decía don Martin, yo me pondria en camino, y averiguaria cuál es la suerte de nuestro hijo.
- Y yo te seguiria, añadió su esposa.
- ¡Qué no fuéramos jóvenes!
- Todas estas exclamaciones aludian á Catalina.
- Pero, ¿cómo la pobre mujer abandonaba á su hijo para emprender un viaje difícil, sin recursos de ningun género?
- Y si no le abandonaba, ¿con qué elementos podia contar para ir hasta Sevilla ó Cádiz á realizar sus deseos?
- Tanto insistieron los padres de Hernan Cortés en su deseo de tener alguna noticia, si no de su hijo, de la expedicion que capitaneaba, que al fin y al cabo, la tarde de que hemos hablado al comenzar este capítulo, en el colmo de la tristeza y de la desesperacion, sentada cerca de una ventana que daba al Occidente, despues de oir las quejas y exclamaciones de los padres de su esposo, exclamó Catalina:
- Yo iré á saber noticias de Hernan Cortés.
- ¿Vos, hija mia? preguntó la esposa de don Martin.
- Yo, sí.
- Desgraciadamente careceis de recursos para emprender el viaje.

- Solo os pediré un favor; guardad á mi hijo, cuidadle como si fuera vuestro, y aunque sea pidiendo limosna iré hasta Cádiz á satisfacer nuestras dudas.
- Por eso no hay cuidado. Nada le faltará á vuestro hijo, y aun haremos más. Poco tenemos; pero nos desprenderemos de algo para que no os falte nada en el camino.
- Aquella misma tarde fué don Martin á casa del tio Picospardos, que aunque era ya muy viejo, sin embaro, todavía prestaba cuantos servicios se le exigian, en pagándolos bien.
- Ajustó con él el viaje de Catalina por huelva hasta Cádiz, y dando algunos ducados á la jóven esposa, al dia siguiente se despidieron.
- Catalina abrazó con efusion á su hijo.
- ¡Dios sabe, exclamó, si será esta la última vez que nos veamos!
- El pobre niño comenzó á llorar.
- Volveré pronto, hijo mio, exclamó la infeliz Catalina.
- Los abuelos le colmaron de caricias, y él ofreció ser bueno.
- Catalina partió al dia siguiente de madrugada, y durante el camino no logró el tio Picospardos que desplecase los labios.
- Todas cuantas tentativas hizo para ello fueron inútiles.
- Le habló de las mocedades de Hernan Cortés.
- Encomió los talentos del jóven que llevó á la universidad de Salamanca.
- Catalina pagó estos elogios con una amarga sonrisa.
- Habló de lo mucho que se parecia el niño á su padre.
- Todo fué inútil.
- La pobre madre llevaba el corazon traspasado de dolor, y solo alguna que otra palabra salió de sus labios durante los seis dias que empleó en el viaje.
- Llegó á Sevilla, porque en una posada le dijeron que se esperaba de un momento á otro una carabela de las Indias que debia desambarcar en dicha ciudad, y para adquirir noticias, fué allí directamente.

Una casualidad la puso en relaciones con Antonio de Villejo y su esposa Isabel.

Para los que no hayan leído la historia de Cristóbal Colón, son estos personajes desconocidos.

Los que no se encuentren en este caso recordarán que Villejo fué el capitán que al ver al inmortal descubridor del Nuevo Mundo con las cadenas que le mandó poner el infame Bobadilla, quiso quitárselas, y no consiguiéndolo, porque no lo permitió el inmortal Colón, le acompañó hasta España y fué durante la travesía y después su mejor amigo.

Unido después de grandes sufrimientos con Isabel, la hermana adoptiva de los hijos de Cristóbal Colón, pudo, gracias a la influencia del hijo mayor del almirante, Diego, que a la sazón era almirante a su vez y virrey, obtener un empleo en la ciudad de Sevilla, y se consideraba el más feliz de los hombres, porque adoraba a Isabel y ella pagaba con creces su cariño.

Al entrar Catalina en la ciudad en la mula que llevaba del ramal el tío Picos-pardos, tropezó el animal, y no teniendo bastante fuerza el arriero para contenerla, cayó, lastimando a Catalina.

Acurdieron muchas personas a auxiliarla, y entre ellas Antonio de Villejo.

El tío Picos-pardos, para darse importancia en tanto que los asistentes procuraban lograr que volviera en sí la joven desmayada, para estimularles más y más a hacerlo, publicó muchas veces que era la esposa de Hernán Cortés, de uno de los más valientes capitanes de las Indias, añadiendo otras muchas noticias para despertar en favor de la pobre joven la piedad de los circunstantes.

Villejo recordó entonces que debía su felicidad en gran parte a Hernán Cortés, y participó al tío Picos-pardos que quería a toda costa llevarla a su casa, porque siendo muy amigo de su marido, tenía el deber de hospedarla y servirla.

Catalina volvió en sí, y después de escuchar los ofrecimien-

tos de Villejo, los aceptó, más que por otra cosa, porque recibiendo aquel diariamente noticias, por las condiciones de su empleo, de los que volvían de las Indias, tendría mejor ocasión de realizar el objeto que la había llevado a Sevilla.

Villejo presentó los viajeros a su esposa, y la más viva simpatía nació entre aquellas dos mujeres.

No era Villejo rico; pero disfrutaba una posición desahogada, razón por la cual, no solo alojó a la viajera, sino que dió una habitación al tío Picos-pardos extendiendo su prodigalidad hasta a la mula del arriero.

CAPITULO LXV.

Donde se ve que por todas partes se va á Roma.



o tardó en adivinar Isabel que sufría Catalina.

Las mujeres tienen una gran percepción, y en cuanto á los dolores del alma, no hay nadie que los comprenda mejor que ellas.

Agasajada por los dos esposos, refiriéronle estos cuánto debían á Hernan Cortés, y cuán inmensa era su satisfacción por poder dar una muestra á su esposa de su firme agradecimiento.

Catalina, correspondiendo á sus bondades, procuró mostrarse con ellos muy dichosa.

Para todos tuvo que devorar sus lágrimas.

Pero aunque Villejo no se fijó en su pena, Isabel, como hemos dicho ántes, la adivinó.

Asistía con frecuencia á casa de Villejo un militar que se habia distinguido en las guerras de Italia, y que no disfrutando de gran favor en la córte de Carlos V, hacia todo lo posible para pasar á las Indias, y dar empleo á su actividad y valor.

Conoció á Catalina, y quedó prendado de su belleza.

Pero sabiendo, como supo muy pronto, que era casada y en extremo virtuosa, tuvo que reprimir sus deseos.

El esfuerzo que tuvo que hacer sobre sí para contener la pasión que Catalina despertó en su alma, fué un nuevo incentivo, y no pudiendo dominarse, solo consiguió aplazar para una ocasión favorable la realización de sus designios.

Catalina no podia detenerse mucho tiempo en Sevilla.

Un deber de gratitud hácia los ancianos padres de su querido esposo le obligaba á abandonar aquella casa hospitalaria, en donde tantos favores habia recibido.

No pudiendo Villejo ni su esposa disuadirla de su empeño, se apresuró el primero á satisfacer su ansiedad.

Una carabela llegó de Santiago de Cuba, y en ella algunos de los misioneros que volvian á reponer su salud, quebrantada en el ejercicio de sus arriesgadas tareas.

Villejo llevó á los misioneros á su casa, y delante de Catalina les pidió algunos informes acerca de Hernan Cortés.

—Se ignora qué ha sido de él y de su escuadra, dijo uno de ellos.

—¿Luego no han vuelto?

—No.

—Y el gobernador no sabe....

—El gobernador está indignado con Hernan Cortés.

—¿Indignado Velazquez?

—Sí; los enemigos de vuestro esposo, envidiando la gloria que está llamado á alcanzar, influyeron en el animo del gobernador, le hicieron ver que nunca seria súbdito suyo, que le arrebataria la gloria de aquella empresa si triunfaba, y haria recaer sobre él la responsabilidad si perdía; y tanto han trabajado su ánimo los envidiosos, que exasperado contra él, solo desea que vuelva para castigarle; y si no vuelve pronto, enviará en su persecucion una escuadra para someterle á su obediencia.

Estas noticias eran bien tristes.

Pero Villejo no habia preparado á los misioneros; y por otra parte, creyeron éstos que no podian separarse un solo ápice de la verdad al responder á las preguntas que les hizo Catalina.

La jóven esposa, llena de agradecimiento por las bondades de que habia sido objeto en casa de Villejo, se despidió de sus amigos y emprendió con el tío Picos-pardos el viaje hasta Medellín.

Tristes eran las noticias que podia llevarles á los ancianos.

Ya había olvidado al capitán amigo de Villejo, que en varias ocasiones se había mostrado solícito y galante con ella, cuando á pocas leguas de distancia de Sevilla oyeron Catalina y el tío Picos-pardos el galope de un caballo.

Al poco rato se acercó á ellos.

Se detuvo.

Catalina reconoció en el jinete á Pánfilo de Narvaez, que este era el nombre del capitán enamorado.

Preguntóla á dónde iba, y la jóven le respondió con sencillez, porque no podía presumir que inspiraba una pasión tan vehementemente á aquel hombre.

—La casualidad me favorece, dijo el capitán. Yo voy también á Extremadura, y si me lo permitís, aunque pierda algún tiempo, os acompañaré.

—No os molesteis, caballero, dijo Catalina; llevo ya compañía.

—Pero no estará de más que nos acompañe un militar, dijo el tío Picos-pardos.

—No somos ricos, añadió Catalina, y nada debemos temer.

—De todos modos, no nos vendrá mal para pasar el rato la compañía de un valiente.

—Ya veis que vuestro guía, dijo el capitán, cree oportuna mi presencia á vuestro lado.

—Tanto más, que vos sereis aficionado á charlar por los caminos, y á mí me gusta también.

Y como mi ama parece que profesa la orden de los cartujos, ir hacia casa y hablando, acortará el camino la mitad lo menos.

No tuvo Catalina más remedio que acceder.

Durante el camino reprimió tanto sus intenciones el capitán, que la jóven llegó á no temerle, y á alegrarse por el contrario de su compañía.

No le habló en toda la travesía más que del vivo deseo que le dominaba.

Este deseo era ir á las Indias.

Convenia á los planes de Pánfilo de Narvaez estar en buena armonía con el tío Picos-pardos.

—Yo voy á Cáceres, dijo á Catalina, cuando ya estaban cerca de Medellín; pero á la vuelta pasaré por la villa en donde habitais, y como me propongo cruzar el charco y llegar á las Indias á ofrecer mis servicios á los vireyes y gobernador, si algo quereis para vuestro esposo, ó si resolveis, como pudiera muy bien suceder, volver allí, en el primer caso llevaré con gusto la comisión que me deis, y en el segundo os serviré de compañero, de protector.

Se despidieron, y Pánfilo entregó una bolsa llena de oro al tío Picos-pardos, encargándole que guardara el mayor secreto.

—Iré á parar á vuestra casa cuando vaya á Medellín, le dijo.

El capitán se alejó, y Catalina y el tío Picos-pardos llegaron á la casa en donde los ancianos aguardaban con ansia á la esposa de su hijo.

El niño había sufrido horriblemente durante la ausencia de su madre.

La alegría produjo en él una afección nerviosa, que puso en peligro su existencia.

Catalina tranquilizó á los padres de Hernán Cortés.

—Hay muy buenas noticias tuyas, dijo.

Y dejándolos satisfechos y alegres, se consagró á cuidar á su hijo, horrorizándose ante la idea de que podía perderle.